





ELENA MARTÍN VIVALDI

NIÑOS VAN Y PÁJAROS

nº 3

Colección *Espada de Luz*

SERIE LITERATURA

Directores

Antonio Chicharro y Cristóbal López Silgo

© *De los poemas:* Herederos de Elena Martín Vivaldi

© *De las ilustraciones:* Marité Martín-Vivaldi

© *De la selección e introducción:* Antonio Carvajal

Edición al cuidado de: Antonio Chicharro

Edición no venal

Editan: Asociación de Padres de Alumnos “Torres Bermejas”
Instituto “Alhambra” de Granada

Depósito legal: Gr-424/98

Imprime: La Gráfica, S.C.And.
c/ Ricardo del Arco, 4 y Ziríes, 1.
18005 Granada

SOLITARIA, NO AISLADA

Cumplida en soledad, Elena Martín Vivaldi ha dejado una luminosa estela afectiva a lo largo de su obra: solitaria, no aislada, pocos poetas han urdido sus versos con fibra tan cordial como ello lo hizo: sus padres, hermanos, sobrinos y amigos, reciben el continuo obsequio de poemas o libros.

*Bajo el título del primero de ellos, se ofrecen aquí diez poemas de distintas épocas –desde 1957 a 1995–, en su mayoría inéditos, agrupados por tonos íntimos: Una primera sección comprende cinco regalos líricos, presentados cronológicamente: de 1957 es la publicación, en la revista *Ágora*, de “Niños van y pájaros” la Charito que encabeza la dedicatoria será –pasados los años– la madre de Marta que, en 1980, cumplía los ocho.*

“Canción de bodas” conoció edición restringida en Málaga, Imprenta Sur, 1988; se ha corregido la errata tipográfica del verso 13. En el cuarto poema, “La niña”, la medida versal exige la pérdida de la /d/ final en “claridad”, para posibilitar la sinalefa; recurso ni extraño ni nuevo: está, entre otros lugares, en el rosario de sonetos líricos, de Miguel de Unamuno, y en el poema “La espera”, de Vicente Aleixandre. Por último, en el “Regalo-canción” (título que hemos tomado de la nota manuscrita que la propia poetisa dejó al pie de la copia definitiva), destaca el gracioso juego de pies quebrados trisílabos

y la incorporación de los nombres propios como versos, en la estela de la mejor tradición de nuestro Romancero; “Vivaldi” se hace, muy propiamente, asonante en -á-e.

La sección segunda consta de dos sonetos que la autora dio por definitivos, pero no le gustaban para publicar; si se incorporan a esta edición es porque, además de haber dado copia a sus destinatarios, por encima del alarde ingenioso que en ambos campea, resplandece el latido pasional por la verdad de la poesía, razón primera y última del sentido de la vida en Elena Martín Vivaldi. En “Burla burlando” está el omnipresente ejemplo de Lope de Vega y su soneto “A Violante”, del que se extrae el título y cuyos pasos se siguen hasta el verso 12: más, desde ahí hasta la última palabra, la rúbrica es tan personal y tan gallarda que nos ha parecido un crimen ocultar más tiempo este poema. Otro tanto ocurre con el soneto “Ecos I”, donde el nombre del satélite justifica la alusión al mito de la ninfa Eco, enamorada de Narciso, y, a la par, la visión cósmica y divina de la poesía, entrelazada con el amor y la ciencia.

Posiblemente en estos sonetos la poetisa no sintiera la vibración lírica, la pulsación íntima que quiso como caracteres indelebles de su obra, quizá aquí sacrificadas —la vibración, la intimidad— a la tensión intelectual, al combate de las ideas, soterradas en ese espacio menos individual del pensamiento común y los mitos compartidos; pero Elena era, también, pasión del conocimiento.

Tres piezas maestras, de hondo contenido elegíaco, cierran este conjunto. Domina en ellas el sentimiento de la pérdida: pérdida de la casa paterna, con la consiguiente dispersión

fraterna y la enajenación de las vidas; pérdida del sentido del olfato, con lo que supone de reducción de percepción del mundo; pérdida del amigo y de la palabra compartida. El verso libre, maravillosamente acompasado, se muestra como medio expresivo adecuadísimo para manifestar todos los registros emocionales, reflexivos, conceptuales, de que estos poemas están henchidos.

“Nosotros”, publicado en la revista malagueña Caracola, en 1963, fue recogido, como “Niños van y pájaros”, en Tiempo a la orilla (Ayuntamiento de Granada, 1985, colección “Silene”, 11 - 12). Sobre el fondo, casi literalmente evocado, del verso de Pablo Neruda “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”, la poetisa consigue un alto clímax de patetismo en la doble serie de enumeraciones antitéticas (versos 21 - 27), magistralmente elaborada mediante el contraste de una sola palabra (éramos, íbamos, vivíamos, fuimos) con la marca del pasado, y sus negaciones yuxtapuestas, en presente, además de subrayar la oposición conceptual con el contraste rítmico entre la expresión escueta, apoyada en un solo acento, y la duración de los enunciados que se dilatan progresivamente hasta ocupar tres versos alejandrinos completos (es decir, en este último grado del clímax, dos sílabas métricas frente a cuarenta y dos).

“La música callada” cierra la antología Las ventanas iluminadas que, en 1997, coeditaron la Diputación de Granada y Ediciones Hiperión; el poema se había publicado en el catálogo de la exposición que Marite Vivaldi (suyos son los dibujos que acompañan estos poemas de su tía Elena) realizó en el palacio de Villardompardo (Diputación de Jaén, 1996). Al repasar los papeles de Elena Martín Vivaldi he visto que

ella había tachado la /d/ en el verso 3 de la copia en limpio que yo había realizado, prefiriendo “olor” a “dolor”; mas como no había expresado voluntad de que se hiciera efectiva dicha corrección, se mantiene la lección ya publicada reiteradamente. Y prefiero mantener “dolor”, primero para evitar una redundancia (aroma/olor) y, segundo, porque la misma poetisa desarrolla el tema de la anosmia como un proceso hacia la anestesia: pérdida del olfato, mudez, sordera. “Sólo vibra el color”. Y el verso final, tomado de San Juan de la Cruz, que pasa de encerrar el éxtasis del amor a significar la soledad absoluta en el disfrute solo de los colores esenciales.

“Distinta noche” tiene una primera redacción, de largo y sostenido impulso, fechada en junio de 1989, a raíz de la muerte de Carlos Villarreal, expresamente nombrado en los manuscritos. La versión que aquí se ofrece corresponde a la revisión de enero de 1992, pendiente de su copia en limpio definitiva, que es la que pretendemos haber realizado, respetando escrupulosamente todas las correcciones introducidas posteriormente por la autora quien, por cierto, retoma el motivo del “dolorido sentir” de Garcilaso y la pregunta, siempre sin respuesta, sobre el estar del ser humano en el mundo, razón primera y última de su sentido de la soledad.

Llanto sin gemido: Así, sin hacer ruido, como lágrimas que fluyen en silencio y resbalan sobre el corazón, fue acabándose, agotándose, la vida de Elena Martín Vivaldi. Pero nos queda su palabra, toda verdad encendida, y nos deja hartos de consuelo su memoria.

ANTONIO CARVAJAL
Abril de 1998





NIÑOS VAN Y PÁJAROS

A Charito, Juan Luis y María Teresa

LOS tres de la mano.
¿Son niños?
No, pájaros.

Los tres, dulce trino
¿Pájaros?
No, niños.

Los tres, la sonrisa.
Nubes, sol.
Qué ancha
–niños– la alegría.

Los tres de la mano,
más suave la brisa.
Niños, cielos. Fiesta
Las cosas sencillas.

Los tres sonriendo.
Pájaros –delicia–
cantan, anunciando
voz del nuevo día.

Niños van y pájaros
Tres mundos. Envidia
de flores y aromas.
Mañana encendida.

Los tres de la mano
por la calle arriba

(1957)

A Marta, en sus ocho años.

*Mañana ya tendrás quince,
veinte alas.*

*Y arrullaras el amor,
paloma libre del alba.*

RAFAEL ALBERTI

OCHO años. Pocos son.
Pero te dan gracia y vida:
una primavera,
un nombre,
una sonrisa.

Ocho años. Tuyos son.
¡Qué lejos está la cima!
–Y qué cerca–.
(¿Cuando fue
aquella edad de otra niña?
Hubo un tiempo. Ya pasó:
oye su aroma en la brisa).

Tú los tienes. Tuyos son.
Ocho años.
Parabienes.
¡Qué alegres corren y alados!
Guárdalos, defiéndelos.
Cíñételos –vida, rosas–
como un laurel a tus sienas.

(1980)

CANCIÓN DE BODAS

A Marichu y Pepe

ALEGRE va la garza
alegre va y ligera.
Verde y azul, la tarde
en la luz se recrea.

Árboles vigilantes
–pinos en la arboleda–,
profundo espejo, el agua,
fiel, su imagen refleja.

Vuela rauda la garza,
fugaz, segura vuela,
sobre el aire refulge
invisible su estela.

Allá lejos –¡tan próxima!–,
alta cumbre, la Sierra,
esplendor en la nieve,
el horizonte incendia.

Se detiene la vista.
La garza más se eleva,
sus alas –giro y ritmo–
una esperanza llevan.

Asombro del paisaje,
cielo, visión serena.
Armonía en la tarde
cuando un amor se estrena.

(1985)

LA NIÑA

Para M^a Elena Moreno Martín-Vivaldi

COMO una llama surge.
Como fuente, y ya mana.
¡Qué claridad y frescura!
El mundo se ilumina,
se derrama la vida.
Desde sus labios viene:
y es sólo una sonrisa

(1990)

REGALO-CANCIÓN

ANTONIO, Antoñete, Antonio,
Antonio,

Moreno Martín-Vivaldi:

Yo te quería regalar
todo el oro de la tarde,
y me lo robó una nube
para en su llama incendiarse.
Y quisiera para ti
plata de la noche oscura,
ay, que yo no soy tan alta,
tan alta como la luna.

O esa estrella que, en el cielo
allá en su inmensidad, arde,
mas fue cohete fugaz
que se derrama en el aire.

Sólo te puedo ofrecer
el polen de mi palabra,
semilla de una canción
que el viento cómplice cante
y te recuerde el aroma
de este día... Te abraza
tu tía

Elena Martín Vivaldi

(1995)







BURLA BURLANDO

A Carlos Villareal

PARA hacer un soneto es necesario
tener la mente diestra y afilada,
y del lápiz la punta preparada
donde ensartar audaz al Diccionario

Con brío y decisión, al adversario
de consonantes darle la estocada,
dejando la batalla bien ganada
del ritmo: el enemigo temerario.

Bien segura la mano, y el combate
librar de las ideas en campo abierto,
y en restringido espacio de remate

a los tercetos. Noble fue la esgrima
si, paladín a pecho descubierto,
firma con sangre el verso y le da cima.

(Granada, 31 - 3 - 1960)

ECOS I

*A mi hermano Victoriano, descubridor
del Satélite Ecos I*

TIENDE hasta el cielo el hombre su mirada.
Sombra de una verdad, feliz querella,
hacia el espacio sube, altiva estrella
por siglos de esperanza contemplada.

Barco de una ilusión, nave llevada
en velas de su audacia. Si más bella
Venus clava su luz, Ecos destella
con voz ya desde siempre pronunciada.

Mundos innumerables su presencia
admiten en brillante celosía.
Tendida red adonde amor y ciencia

reúnen sus mensajes. Como hermana
del total universo, la poesía
canta, en la noche, eterna y sobrehumana.

(Castel de Ferro, 21 - 8 - 1960)





NOSOTROS

A mi hermano Gonzalo

NO eran, no son los mismos, lo que entonces,
los que ahora contemplo –tan distantes–
dentro de su refugio-jardín, yedra; “Las cañas”.
Un país ignorado donde los niños piensan,
una casa escondida donde la voz del mundo
no llegaba, doliendo.
Allí éramos nosotros, allí nadie sabía.
Todo estaba tan lejos del amor, del olvido.

Aquí estamos nosotros. Niños éramos. Fuimos.
¿Estamos...? Y me acerco. Toco el tiempo, su sombra
su dura sinrazón,
su lento transcurrir de pez y río.
¡Qué cerca, a veces, otras, qué lejano!
Pero no son los mismos.
Qué extraños nos miramos dentro de nuestras casas,
(frío cemento y ladrillo) aprisionados
por la cal, muros altos que nos cierran
el corazón antiguo. Mundo nuevo.
¡Qué viejo nuestro mundo!

Éramos: ya no somos aquéllos.
Íbamos: detenidos, gritamos en las sombras.
Vivíamos: cada día morimos.
Fuímos:
distinta la mirada, la voz y las preguntas,
sorprendiendo las horas de asombro en la mañana.
Nos miramos extraños. Seres nuevos, perdidos.
Quisiéramos llegar hasta la tapia,
límite gris del tiempo,
gritar que era verdad, que fue, que era
realidad todo, aquello, su presencia.

Pero debajo de la acacia, huida,
sólo brilla una luna impasible al silencio,
sin nuestras voces muda.

El espejo se ha roto y de la noche,
donde el aroma de celindas fuera
mayo azul de esperanza,
sólo queda el vacío y los recuerdos, negados al retorno.
Ya no estamos. No somos.
Hemos perdido el rostro. Y el camino es tan largo.
Sí. Miro un camino allí. Nosotros no podemos.
Esfumado contorno se deshace en lo oscuro.

Allí estaba la vida, ignorancia del tiempo,
de esa espera, entre nieblas, aguardando impaciente
la llegada curiosa y estreno de los días.
No encuentro nuestras voces, ecos, palabras; breves los
adioses.

Las mañanas, las tardes y las noches que, en sueños,
auroras son, dormidas.
La lluvia. Un entusiasmo de pájaros, sus alas,
reflejos de la luz por un cielo sin forma.

Fuimos.
Ciega mano, sin tacto, que busca, a tientas, torpe
nuestros nombres. Preguntando a los árboles:
magnolio, cinamomo, la higuera, los naranjos:
acacia, el limonero, manzanos. Madreselva,
y el jazmín amarillo que se enredaba alegre
subiendo descuidado la escalera.

(Ya no estamos. No somos.)
Nosotros, los que fuimos, hacia el final del lienzo
un horizonte en brumas traspasamos.
Qué extraños nuestros rostros. Ya nadie les responde
y nadie sabe en dónde se esconde el ser, las risas,
dónde la ausencia, el gesto,
la evidencia de un mito.

LA MÚSICA CALLADA

A M^a Teresa Vivaldi

SE quedó el mundo solo, sin aroma,
solo en su inmensidad,
desposeído, sin dolor. Callado.
Como sonido mudo,
roto arpegio,
apagándose, huyendo, desangrándose, inerme.
Sin un ritmo, en sigilo de palabras y voces.
Solo.
Sólo quedó el color –arco iris, promesa–.
Oculta sinfonía.

Azul.
Azul de los silencios imposibles,
nocturno azul. Recuerdos.
Inundación de cielo y mar, entrelazados, vírgenes.
Mañanas transparentes,
altos presagios. Ecos.
Antorchas de la noche:
oscuridad visible.
Nombre y azul.
El aire.

Y el amarillo fue. Armonía total,
rama del entusiasmo,
del llegar a la cima,
de alcanzar la alegría.
Gozo de la nostalgia y el nacer de un otoño.
Amarillo triunfante.

Y el verde.
Llama de amor y síntesis –¡ay azul y amarillo!–.
Y se abrían las hojas
de aquel árbol, llegando casi a un cielo perdido.

Recientes primaveras, entre un bosque de brazos
tendidos a una altura.

Verde.

Toda la gracia única de la tierra en tu nombre.

El rojo. Intensidad.

Gritos de plenitud, ascendiendo en su audacia.

Palidecen los ocres, los rosas se deshacen,

los morados se esfuman,

a su fulgor vencidos.

Rojo. Fuego escondido entre cuerpos desnudos,

abrasando los miembros,

alzados hasta un muro:

y, nuevo, el blanco ardía sosteniendo el espacio.

Sin aromas...

Sólo vibra el color.

La música callada.

DISTINTA NOCHE

COMO, eriales, mis ojos desdecían la vida,
desterrados del goce,
resecos de la pena y del dolor:
sin alma.

Hoy, renacidos, húmedos,
fueron lluvia a la sed ávida de mi verso,
su aridez aliviando, en su aliento crecidos.
No imagino el motivo, la causa de este único
dolorido sentir,
de este llorar sin lágrimas,
de esta tristeza íntima
—amarga su raíz—
que se enreda en mis sienes,
ni el por qué escucho, nuevo,
un resurgir del hondo sentido de mi angustia.
Acaso, fue el sonido lejano de aquel verso
adentrando en la noche su claridad de asombro,
o la fría indiferencia, materia del olvido,
de lo que fuera un día principio de mis sueños.

Envuelta en mi dolor estaba tu partida,
la irrazonable marcha,
súbita, del amigo.
Y unido a este desgarró —la herida inexplicable—
van otras voces, ecos. Antiguos gestos, nombres:
huecos en el silencio de los mundos astrales.
Después de tanto tiempo,
he llorado esta noche.
La garganta enmudece negándose al gemido
y de toda la tierra asciende la pregunta
de un imposible acento
que desvele la noche.

(Granada, enero de 1992)



Esta edición, materia del recuerdo, que consta de quinientos ejemplares, numerados a mano, de los que cincuenta lo son en números romanos y el resto en números arábigos, se acabó de imprimir en los talleres de La Gráfica, S. C. And. de Granada, el día 23 de abril de 1998, aniversario de la muerte de Cervantes, con quien Elena Martín Vivaldi comparte ya el cielo, azul y amarillo, de la literatura.

Ejemplar número:





